

## NOTAS DISPERSAS

SOBRE

LOS MAESTROS NUEVOS

*Á D. Francisco Lainfiesta.*

M. Julien Leclercq trata de probarnos que los verdaderos maestros de la juventud moderna no son ni Víctor Hugo, ni Musset, ni Sainte-Beuve, ni ninguno de los demás escritores que formaron parte del gran cenáculo romántico, sino otros artistas, menos antiguos y menos célebres, como Baudelaire y Leconte de l'Isle. — M. Julien Leclercq, que es un « joven de treinta años », lleva sin duda razón desde el punto de vista en que su edad y sus aficiones le colocan, pero se equivoca al hablar de « toda la juventud ». — La palabra « juventud » tiene un sentido muy amplio en el país de las letras. Los literatos, en general, comienzan á ser jóvenes cuando publican sus primeros versos al salir del colegio, y á veces siguen siéndolo durante toda la vida. Maurice Barrés,

que ya tiene más de treinta y cinco años, « es un joven », y Camille Maclair, que todavía no tiene voto en los comicios, es « un joven »... Otros, mayores que el primero, ó menores que el segundo, también son jóvenes...

Así, pues, hablar con justicia en nombre de « la juventud », resulta casi imposible, porque mientras los hombres tardan mucho en cambiar de edad, los gustos se transforman cada cinco primaveras (1).

\* \*

Ahora, por ejemplo, hay en Francia dos juventudes cuyos límites pueden señalarse fácilmente poniendo de un lado á los amigos de Barrés y de otro lado á los camaradas de Maclair. Los primeros son los que han llegado á la notoriedad; los segundos son los que aun no han salido de las « pequeñas revistas ». Unos y otros escriben cosas nuevas y adoran las doctrinas raras; pero entre los estilos y las ideas de aquéllos y los estilos y las ideas de éstos, hay algunas diferencias que pueden explicarse fácilmente por la diversidad de influencias que ambos grupos han recibido. Los maestros de Barrés y de sus amigos, fueron, según dice M. Leclercq, Ernest Renán, Hippolyte Taine, Gustave Flaubert, Charles Baudelaire, Leconte de l'Isle, Henri Beyle y Edmond de Goncourt. Los maestros de los coetá-

(1) Véase el estudio sobre los *Poetas Jóvenes de Francia* (p. 133), en el cual he tratado de hacer ver la anarquía ó mejor dicho el individualismo que hoy reina entre los nuevos artistas parisienses.

neos de Maclair, son los siguientes: Paul Verlaine, Ernest Lavisse, Paul Bourget, Anatole France, Stéphane Mallarmé, J.-Karl Huysmans y Octave Mirbeau.

\* \*

Verlaine es, para mí, el poeta más penetrante, más delicado y más sutil de nuestro siglo. Yo tengo por él una admiración casi fanática, y más de una vez le he comparado con Homero y con Shakespeare, sin acordarme de que la paradoja es una figura retórica y el ditirambo una regla de cortesía crítica. Mi entusiasmo por el autor de *Sagesse* es enteramente sincero; cada una de sus estrofas me ha proporcionado una fiesta del espíritu; su obra definitiva me parece más bella y más completa, como historia del mundo de los sentimientos, que *La Leyenda de los Siglos* como historia del mundo de los hechos.

Verlaine ha logrado referir mejor que nadie las transformaciones del ser enfermo y sin fortuna. Su mérito principal consiste en haber sabido expresar de un modo sencillo y sublime los estados de alma de nuestro siglo. En cierto sentido, casi es un poeta cíclico, puesto que representa una época entera, con todos sus ardores y todos sus desfallecimientos, con todas sus dudas y todas sus creencias, con todas sus grandezas, en fin, y todas sus miserias. Referir, como Goncourt, lo que se ha hecho durante una existencia es fácil, y decir lo que se ha sentido en el transcurso de veinte años, como Amil, es humano; lo difícil, lo genial, lo sobrehumano, es llegar, como

Verlaine, á convertir las emociones íntimas en sentimientos universales. El poeta de las *Fiestas galantes, Sagesse, Amour* y *Élegies* no es un hombre, sino un símbolo de varias generaciones que vivieron agitadamente...

\* \* \*

La crítica española ha comprendido mal la obra de Verlaine, y generalmente se ha contentado con asegurar que sus versos son « enrevesadísimos y algo bellos », cuando en realidad son muy bellos y muy sencillos. Yo busco en sus obras lo que algunos de mis amigos llaman « preciosismo literario » y no logro encontrarlo. En cambio, encuentro mucha sencillez, mucha ingenuidad y aun algo que, si no es vulgar, por lo menos es infantil.

Esto no quiere decir que Verlaine no sea complicado. Lo es, pero no en la forma, sino en el fondo. Sus versos son casi siempre sencillos, y cuando suenan misteriosamente, con sonoridades casi divinas, es por causas que ninguna métrica ha podido explicar hasta hoy.

\* \* \*

Si Verlaine es todo genio é instinto, Lavissee es todo talento y sabiduría. Entre las influencias que ambos ejercen sobre la juventud moderna, no hay punto ninguno de contacto. Al primero le corresponden las almas ardientes é ingenuas; al segundo las inteligencias reflexivas y prácticas. Sus figuras

son tan diferentes como sus dominios. Compararlos, sería establecer un contraste.

\* \* \*

Lavissee es un filósofo amable, que logra parecer interesante y ameno aun en las circunstancias más fastidiosas de la vida literaria. Su discurso de recepción en la Academia Francesa es una obra maestra de habilidad, en la cual logra decir, refiriendo la vida del marino La Gravière, lo que piensa del mundo antiguo, del mundo moderno, del optimismo, del patriotismo, de la enseñanza, del trabajo, de los obreros, de las revoluciones, de la fe, del amor, de la democracia, etc. Dos ó tres líneas le bastan para expresar cualquier idea; y la más pequeña coyuntura le permite salir del asunto principal de su discurso con objeto de perderse entre digresiones extrañas y abstractas. Así, por ejemplo, después de probar que La Gravière no era aficionado á los buques de vapor, exclama: « Antes de asegurar que el almirante se equivocaba, decidme, señores, si vosotros tenéis simpatías por la carreta de vapor y por ese arado mecánico que va, conducido por un campesino indiferente, como los trastos para sacar basura que usan los bárrenderos de nuestras calles; decidme si os gusta el sacudidor automático, esa enorme caja que sacude el trigo con un ruido estúpido, ó si preferís el arado de bueyes en el hermoso silencio del campo y la armonía de los labradores moviendo sus hoces lucientes... Las máquinas han matado muchas bellezas en mar y tierra. La poesía

que nacía del contacto del hombre con la naturaleza, y de la lucha cuerpo á cuerpo con la tierra, con la ola y con el viento, agoniza junto con la frase divina que nos ordena regar el suelo con el sudor de nuestra frente!... » Luego, cuando llega el momento de confesar que su almirante era poco instruído, aprovecha la ocasión para decir que, hoy por hoy, los programas de enseñanza son defectuosos, y para explicar de un modo técnico el procedimiento que emplean en Francia los modernos reformadores universitarios. Por todas partes, en fin, su filosofía aparece sonriente y amable.

\* \* \*

Lavissee no es amigo del progreso, ni de la democracia, ni del espíritu moderno. Las cosas útiles y sin gracia le parecen odiosas. Sus divinidades son: la Patria, la Religión y la Poesía. Su sueño dorado consiste en ver pronto ese renacimiento prometido de la sociedad patriarcal, caballeresca y eclesiástica de los siglos muertos.

Algunos profesores demagogos le acusan de reaccionarismo y pretenden que su cátedra de la Sorbona es un peligro para la República. Empero, nadie es tan inofensivo como él. Buscar en sus obras un programa violento, sería inútil. Sus ideas de reacción administrativa se reducen á desear que los institutos sean no sólo centros de enseñanza, sino también santuarios de educación, para que el niño pueda oír al mismo tiempo conferencias científicas y sermones morales. No pretende, como algunos creen, que se

suprime la clase de física, sino que pide que se aumenten los cursos de ética, de retórica y de latín.

En cuanto á su neocristianismo, tan combatido por los radicales y tan celebrado por la aristocracia, tampoco es una doctrina muy ardiente, sino que, al contrario, parece una adaptación mundana y poética del antiguo espíritu católico. Más que una escuela de religión, en efecto, ese neocristianismo parece una escuela de moral. Entre Lavissee y un neomístico exaltado, hay más distancia que entre un adorador de Isis y un fanático de Buda. Los discípulos de León Bloy buscan en la fe un pretexto para llegar á la exaltación literaria y se sirven de las imágenes bíblicas como de un excitante raro. Los hijos espirituales de Lavissee sólo toman de la doctrina de Jesús el espíritu evangélico y los consejos piadosos. Oíd, si no, lo que dice un sacerdote neocristiano dirigiéndose á los incrédulos: « Vosotros creéis que la moral de Cristo aconseja no impedir que se nos haga daño y dar lo que nos queda al que nos ha robado, y presentar la mejilla izquierda al que nos ha abofeteado la derecha, y naturalmente decís que estas lecciones no pueden ponerse en práctica. Tenéis razón. Más aún: yo creo que esa doctrina es inmoral porque según ella los cristianos, en vez de combatir el mal, lo protegeríamos, protegiendo á los malvados. — Vosotros diréis, sin embargo: « Esas son las palabras de Nuestro Señor. » En efecto, pero Jesús Nuestro Señor nos aconsejó también que odiásemos á nuestro padre y á nuestra madre, sin pretender, en el fondo, con esas fórmulas para-

dógicas, más que despertar el alma humana, contando siempre con el buen sentido de cada uno para que todos comprendiésemos. De lo contrario, sus consejos serían absurdos... Jesús señaló la dirección que el hombre debe dar á sus sentimientos y á sus ideas, pero no dió, ni quiso dar, reglas precisas, reglas que pudieran ser aplicadas siempre, del mismo modo, con los ojos cerrados y á pesar de la conciencia. Ante todo, la conciencia. — Por lo demás, la verdadera enseñanza de Jesús está en su conducta. Cuando un hombre le dió una bofetada en la mejilla derecha, él respondió *Dios te bendiga*, pero luego hizo ver á su enemigo cuán criminal era su conducta. Más tarde, cuando fué entregado al furor de una multitud delirante, también se defendió, haciendo ver, con el silencio, á los que le atacaban, su desdén sagrado y su cólera divina. » Esta manera de interpretar el Evangelio de modo que todos los sentimientos puedan caber en él, conviene de un modo perfecto á los parisienses modernos. Por eso las ideas de Lavissee y de sus amigos han encontrado tan simpática acogida entre los miembros de cierta aristocracia joven, que quiere parecer católica sin dejar de ser mundana.

\*  
\* \*

Lo mismo que Lavissee, Paul Bourget es un filósofo sutil y elegante, que trata ante todo de gustar á la aristocracia y de parecer al mismo tiempo cortesano y austero. En sus obras hay algo que parece pensado por Taine y escrito por Feuillet, y algo tam-

bién que hace soñar en lo que habría podido resultar de la colaboración de Stendhal y Goncourt. Su verdadero mérito consiste en haber hecho una amalgama deliciosa de gravedad filosófica y de ligereza artística.

\*  
\* \*

La novela de Bourget que mejor puede dar una idea de ese método frívolo y profundo, es *Le Disciple*. Cuando yo leí *Le Disciple* por primera vez, me figuré leer una obra puramente filosófica y creí que el joven maestro había renunciado por completo á su contemporización femenina; pero luego me he convencido, oyendo hablar á las mujeres, de que la obra contiene tantos elementos mundanos como todas las demás del mismo autor, y de que Bourget se había contentado, al componerla, con fundir más hábilmente que nunca, en una fábula concreta, las dos cualidades esenciales de su talento. — Adrien Sixte, filósofo parisiense, admirador de Darwin, autor de tres libros que se intitulan : *Anatomía de la Voluntad*, *Teoría de las Pasiones* y *Psicología de Dios*, tiene un discípulo llamado Roberto Greslou, que, no satisfecho de las pruebas abstractas que su profesor le proporciona, trata de poner en práctica sus teorías. « Spinoza — se dice — creía poder estudiar los sentimientos humanos como los matemáticos estudian las figuras de geometría; yo debo estudiarlos como si fuesen combinaciones químicas elaboradas en una retorta, sintiendo sólo que el cristal de esta retorta no sea tan transparente como el

de las retortas de los laboratorios. » Al punto busca un sentimiento que esté al alcance de su fortuna modesta y que tenga relación con su temperamento sensual. El amor se presenta desde luego ante su imaginación. Roberto se decide á seducir, de un modo frío, lento y « experimental », á una niña que se llama Carlota y que es hija de su protector M. de Yussat. Cada vez que su víctima, ó mejor dicho su « sujeto », indica, por medio de signos exteriores, el progreso íntimo de la pasión, el joven filósofo describe, en una memoria que piensa enviar á su maestro, los resultados de la experiencia sentimental. Al fin logra que Carlota le ofrezca el sacrificio de su virginidad con la condición de que ambos han de morir « juntos » después de pasar una noche en la misma estancia. Él acepta y goza de ella; pero en el instante de suicidarse deja sola á Carlota y envía á su maestro la descripción completa del estudio pasional. — Luego la justicia se mete en el asunto; Roberto se ve acusado como asesino por la familia de la niña, y, cuando va á ser condenado, el hermano de Carlota, que acaba de saber la verdad, se presenta en el tribunal, hace que le absuelvan y en seguida le dispara un tiro de revólver y le mata. — Entre tanto, ¿ qué hace Adrien Sixte, el filósofo cuya doctrina da frutos sangrientos y cuyas ideas llevan prácticamente al crimen?... Después de leer el manuscrito de su hijo espiritual y de enterarse de lo que ha pasado, abre los ojos, comprende que su psicología es odiosa en la vida, y, sin saber lo que hace, se arrodilla y ruega por la salvación del alma de sus

víctimas. — Esta tragedia ideológica está referida en *Le Disciple* con una gracia elegante y austera.

\* \* \*

Casi todas las demás novelas de Bourget son estudios psicológicos de casos pasionales. En todas ellas hay, por lo menos, un problema de filosofía erótica que puede servir de punto de partida para llegar á las conclusiones más abstractas, y una anécdota *romanesque* que despierta, desde las primeras líneas, la curiosidad femenina. De allí, sin duda, que la influencia del autor de *Le Disciple* y de *André Cornelis* sea tan universal. Uno de sus compañeros de colegio, que hoy es filósofo y novelista, dice lo siguiente: « Lo que más llama la atención en Bourget, es el vigor del talento. Nadie como él para perderse en las regiones del pensamiento puro. Entre sus maestros, el que más ha contribuído á formarle, es un sabio austero, Taine, por lo cual entre los escritores de hoy no hay uno solo que le gane en lo que á precisión y gravedad se refiere. Algunas páginas de sus libros bastarían para probar lo que digo y para hacer ver que el hombre que las ha escrito está acostumbrado á volar entre sistemas y abstracciones. En sus obras se ve, no esa curiosidad ligera que poseen casi todos los literatos de nuestra época, sino una gran aptitud para comprender el pensamiento de los demás y para extraer de una doctrina esencias primordiales y elementos de vida psíquica. » ¿ No es verdad que estas últimas líneas parecen sacadas de un Elogio de Spinoza, escrito por Ribot ó

por Taine?... Pues oíd ahora lo que dice una escritora parisiense: « En Bourget se ve, desde luego, leyendo sus obras, al hombre elegante, rico, aristocrático y cortés, que come todos los días en casa de alguna marquesa y que muchas veces pasa sus veladas en las alcobas de las actrices á la moda y de las grandes pecadoras. Sus gestos son impecables, y en su frac no hay un solo grano de ese polvo sabio que tanto les gusta á los escritores. Es un *boulevardier*, es un *dandy*, que, escribiendo por diletantismo, da la misma importancia á una corbata ó á una alfiler que á una frase... » Y lo más curioso es que tanto el filósofo como la parisiense, se refieren á la obra de Bourget en general... y lo más raro es que, diciendo cada uno de ellos cosas aparentemente opuestas, ambos tienen razón...

\* \* \*

Anatole France es uno de los escritores más originales y más subjetivos de nuestra época. Definir en pocas líneas su carácter literario, es enteramente imposible. De él puede decirse, lo mismo que de Le-maitre, que lo es todo sin ser nada. Su « sistema » filosófico consiste en no tener ninguno. Sus gustos artísticos desconciertan por lo abstractos y seducen por lo variados. Todo lo bueno le gusta y todo lo bello le atrae; pero sus simpatías son, en general, poco firmes; y después de haber hecho el elogio de una cosa cualquiera, suele decirse con inquietud digna de Pirrón: « Tal vez esto que á mí me parece

tan asombroso, no sea, en el fondo, sino una verdadera necedad. »

De lo que si está seguro, es de que su alma merece estudio y cariño. Estudiándose sin cesar, ha llegado á considerarse como una verdadera « caja de fenómenos interiores », y si tiene la habilidad que para no confesarlo francamente se necesita, en cambio carece de la hipocresía que para ocultarlo por completo es menester.

Leyendo con inteligencia y con despacio las obras del autor de *Thaïs*, se ve desde luego la complacencia curiosa y simpática con que Anatole France examina su propio yo. Los personajes interesantes son siempre él: Nicias es él; Jerónimo Coignard es él; Julián es él... y quién sabe si en la misma *Thaïs* no haya también algo de él, de sus instintos, de sus gustos, de su gracia. — Parece un fakir; y aunque aparentemente no tiene grandes aficiones por la psicología como ciencia, es el mejor psicológico de sí mismo. Al lado suyo, Amiel palidece como análisis del « yo ». Su obra narrativa es una confesión interior tan impersonal en la forma cual intensa en el fondo.

\* \* \*

Como crítico, Anatole France es más objetivo aún que como novelador, porque, no teniendo necesidad de disfrazarse para hablar, puede, á cada instante, decirnos todo lo que piensa y todo lo que siente « él », aun á riesgo de decirnos muy poco de lo que sienten y de lo que piensan los autores criticados.

Nadie puede asegurar con tanta justicia como el autor de *la Vie Littéraire*, que cuando alguien escribe la historia de Shakespeare ó de Dante, es con objeto de escribir, indirectamente, la leyenda de sus propios gustos y de sus propias ideas. Una de las frases más precisas que se han pronunciado desde hace mucho tiempo, es la siguiente: « El buen crítico es el que sabe contarnos las aventuras de su alma en medio de las obras maestras. »

Yo, por lo menos, encuentro tanta verdad en estas dos líneas, que durante mucho tiempo he tratado de popularizarlas en España y América con objeto de que mis amigos busquen en ellas una regla de conducta literaria. Leopoldo Alas, Emilia Pardo Bazán, Sánchez Pérez, Valera y otros varios críticos castellanos que suelen favorecerme con sus consejos, me han asegurado, sin embargo, que Anatole France se equivoca y que yo me equivoco con él; por lo cual, en vez de repetir hoy lo que en tantas ocasiones he dicho sobre la crítica impresionista, me contentaré con citar algunas líneas de Jules Fagnat: « Los sistemas de crítica — dice — son todos buenos cuando uno sabe hacer uso de ellos. La crítica impresionista, por ejemplo, es muy científica, aunque á primera vista no lo parezca, porque consiste en analizarse á sí mismo en el curso de una experiencia personal. Saber lo que yo voy á ser, lo que me voy á volver, lo que sentiré, cómo me verá modificado por un instante al leer el discurso de tal orador, las estrofas de tal poeta ó el relato de tal novelista, siempre es bueno, y eso es lo que busca el crítico impresionista. El

libro que leo es el reactivo que me hará descubrir alguna parte desconocida ó por lo menos mal conocida de mí mismo, por medio de las modificaciones que traerá á mi « yo », y del estado momentáneo que en mí ha de determinar. Criticar así, es hacer una experiencia químico-psíquica. En el fondo, nada resulta tan científico, y en muchos casos nada resulta, al propio tiempo, tan instructivo para mí y para los demás. »

... Pero aun suponiendo que los artículos de *La Vie Littéraire* fuesen poco estimables como obras críticas, ¿qué importaría, puesto que siempre han de seguir siendo verdaderas obras maestras de gracia y de elegancia?

\* \* \*

La elegancia y la gracia son las dos cualidades esenciales de Anatole France. Sus descripciones, sus discursos, sus siluetas, sus diálogos y aun sus estudios filosóficos, tienen un atractivo incomparable. Los escenarios mismos de sus novelas, son ya encantadores « por sí »: sus héroes no salen de Grecia ó de Egipto sino para convertirse en ciudadanos de la Isla de Francia. Los países brumosos no sirven nunca de cuadro á sus figuras y las tierras ásperas no se sienten nunca holladas por la planta de sus heroínas. Él se dice, sin duda: « ¿Para qué buscar cosas feas cuando pueden encontrarse tantas cosas admirables?... En el mundo hay de todo: cielo y tierra, firmamento y fango, carne y espíritu. Los que escogen el fango, la carne y la tierra, son siempre

groseros, aunque logren reproducir sus visiones de un modo asombroso. Yo prefiero buscar el cielo y el espíritu, para que, si mi obra resulta mala por sí, al menos no sea odiosa por lo que contiene.» — Este razonamiento que tan sencillo parece á primera vista, no deja, sin embargo, de ser raro en la práctica. Hace veinte años casi nadie quería hacer en París, y si hoy ya casi todos los jóvenes lo repiten, es, en parte, debido á la influencia de Anatole France. Saber escoger el cuadro de un libro, no es una cualidad enteramente despreciable... ¡Dichosos los que encuentran, como Meleagro, un sitio desde el cual sólo se ve á los dioses y sólo se piensa en sí mismo!

\* \* \*

Stéphane Mallarmé es, según la frase gráfica de Catulle Mendès, « un autor difícil ». En sus saturnales poéticas sólo deben tomar parte los que desconocen el culto de la Tradición. Como artista, hace pensar en aquellos poetas de la decadencia latina que, huyendo de la divina sencillez de Virgilio y de la gracia austera de Horacio, renunciaban á los exámetros puros y forjaban estrofas complicadas y extrañas, con ritmos de sonoridad lejana y aliteraciones de efecto nunca visto. En sus poemas, las palabras se descomponen, cambian de sentido, toman colores exóticos y exhalan un perfume sutil de plantas malas ó de estanques envenenados. Su sintaxis laberíntica conduce las frases en caravanas lentas, sacerdotales, casi místicas, obligándolas á girar muy á

menudo sobre sí mismas ó á dispersarse en grupos reducidos, con objeto de dar á cada período un aspecto inquietante y majestuoso de cuadro evocativo. — Su canto de la *Brisa marina* principia así :

« ¡Huir, allá, huir! — Siento que las aves están ebrias — de sentirse entre la espuma ignota y los cielos. — Nada, ni los antiguos jardines reflejados por los ojos, detendrá á este corazón que se baña en el mar — ¡oh Noche! ni la claridad desierta de mi lámpara, — ni la mujer joven amamantando á su hijo. — Partiré. Steamer que haces vacilar tus mástiles — leva ancla hacia una naturaleza exótica — porque mi Fastidio, desolado por las crueles esperanzas, — cree aún en el adiós supremo de los pañuelos (1) ! »

\* \* \*

Más que ninguno otro de sus contemporáneos, el autor de *Hérodíade* ha podido saborear la gloria de

(1) He aquí un fragmento más largo y más característico de la obra de Mallarmé. Lo dejo en francés para que el lector pueda apreciar al mismo tiempo la grandeza perversa del fondo y la gracia complicada de la forma:

#### HÉRODIADE

.....  
 Oui, c'est pour moi, pour moi, que je fleuris déserte!  
 Vous le savez, jardins d'améthyste enfouis  
 Sans fin dans de savants abîmes éblouis,  
 Ors ignorés, gardant votre antique lumière  
 Sous le sombre sommeil d'une terre première,  
 Vous, pierres où mes yeux, comme de purs bijoux,  
 Empruntent leur clarté mélodieuse, et vous,

tener una familia intelectual antes de haber publicado ningún libro.

Sus poemas, como *Ciro de Persia*, eran célebres cuando aun no habían visto la luz, porque los discípulos preferidos de la escuela simbolista iban recitándolos por los cafés literarios del Barrio Latino, con entusiasmo de rapsodas y fe de evangelistas. Hoy mismo la obra original del gran apóstol de la Decadencia se reduce á un pequeño volumen de doscientas páginas entre las cuales cincuenta están en blanco y otras cincuenta no contienen más de dos

Métaux, qui donnez à ma jeune chevelure  
Une splendeur fatale et sa massive allure!  
Quant à toi, femme née en des siècles malins  
Pour la méchanceté des antres sybillins,  
Qui parlez d'un mortel! selon qui, des calices  
De mes robes, arôme aux farouches délices,  
Sortirait le frisson blanc de ma nudité,  
Prophétise que si le tiède azur d'été,  
Vers lui nativement la femme se dévoile  
Me voit dans ma pudeur grelottante d'étoile.  
Je meurs!...

...J'aime l'horreur d'être vierge et je veux  
Vivre parmi l'effroi que me font mes cheveux  
Pour, le soir, retirée en ma couche, reptile  
Inviolé, sentir en la chair inutile  
Le froid scintillement de ta pâle clarté,  
Toi qui te meurs, toi qui brûles de chasteté,  
Nuit blanche de glaçons et de neige cruelle!  
.....  
O charme dernier! oui, je le sens, je suis seule.

LA NOURRICE

Madame, allez-vous donc mourir?...

HÉRODIADE

...Non, pauvre aïeule,

líneas cada una; total, cien páginas en 8.º. « Mas eso ¿qué importa? — dicen sus amigos. — Esos cortos poemas prueban que él es capaz, como otro hombre cualquiera, de escribir libros que conducen á las academias; ese silencio da á entender que no se cree obligado sino á indicar admirables novedades de detalle porque el estado actual de los espíritus le obliga á callar, ó porque, no creyéndose aún dueño de su maestría, no cree llegado el momento de componer el poema definitivo. » Esta admiración de la obra futura y del Libro Increado, se explica hasta cierto

Sois calme et, t'éloignant, pardonne à ce cœur dur,  
Mais avant, si tu veux, clos les volets, l'azur  
Séraphique sourit dans les vitres profondes  
Et je déteste, moi, le bel azur!

...Des ondes

Se bercent et, là-bas, sais-tu pas un pays  
Où le sinistre ciel ait les regards haïs  
De Vénus, qui le soir, brûle dans le feuillage;  
J'y partirais...

...Allume encore, enfantillage,

Dis-tu, ces flambeaux où la cire au feu léger  
Pleure parmi l'or vain quelque pleur étranger  
Et...

LA NOURRICE

...Maintenant?

HÉRODIADE

...Adieu.

...Vous mentez, ô fleur nue!

De mes lèvres!...

...J'attends une chose inconnue

Ou peut-être, ignorant le mystère et vos cris,  
Jetez-vous les sanglots suprêmes et meurtris  
D'une enfance sentant parmi les rêveries  
Se séparer enfin ses froides pierreries.

punto por el prestigio personal del ilustre poeta. El autor de *Hérodiade*, efectivamente, es uno de los hombres más encantadores y más doctos de la Francia moderna. Su conversación resulta siempre amena é instructiva. Cuando él declama una estrofa cualquiera de *L'Après-midi d'un Faune* que es su obra preferida, los hemistiquios cobran cierta solemnidad religiosa y cierta gracia panteista que las líneas escritas no pueden nunca contener. Como *causeur* y como conferencista, es un mago irresistible.

\* \* \*

Como filósofo, es un sofista neoplatónico y gnóstico, que cree en las armonías eternas de los dos universos y que busca, en el aspecto exterior de las cosas, el lado que corresponde á un signo interno. Todo, para él, es simbólico, múltiple, sugestivo y esotérico. Las palabras, según su teoría, tienen á veces una fuerza de condensación que les permite representar la idea, la forma, el color, el peso, la intensidad, el matiz y aun el olor del objeto que con ellas se designa. Así, por ejemplo, la voz *oro* debe servir para evocar con sus dos sílabas breves, agudas y firmes, la visión de un metal fuerte y brillante. Cuando un vocablo tiene varias *oes*, es porque su correspondencia material no carece de majestad: el órgano sólo puede llamarse *órgano* y los productos de la noche serán siempre *nocturnos*. También los sonidos tienen color, y los matices vibraciones, y los perfumes forma; de modo que, al decir de Mallarmé,

un verso compuesto de doce sílabas graves en la mitad de las cuales hubiesen *oes*, sugeriría siempre la idea de « una cosa de sonido monótono, de perfume vago, de ponderación enorme, de color obscuro y de forma perfecta... » ¿No es verdad que entre esta teoría de correspondencias invariables y la idea de la sugestión universal de Charles Morice, casi no hay diferencia ninguna?

\* \* \*

Durante su vida literaria, Huysmans ha sido naturalista, diabólico, decadente y místico. Nada, sin embargo, más extraño á su temperamento que la complacencia diletante de Anatole France ó de Lemaitre. Entrando en todos los templos con paso firme, no se ha puesto de rodillas ante un ídolo sino después de haber derribado al ídolo anterior. Las mejores páginas de sus libros, son aquellas en las cuales se ve desde luego la garra del genio intransigente, fanático y brutal. Su musa es una águila que protege ó que devora, pero que no engaña nunca, y cuya divisa podría decir: « Exageración, mucha exageración, la mayor exageración posible. »

Todas las novelas de J. Karl Huysmans representan la nota más viva de una gama absoluta. *Sac au dos*, por ejemplo, es el protocloruro del naturalismo grosero, mientras *Là-bas* es el sublimado del diabolismo irónico, y *A vau l'eau* parece el extracto supremo de la observación burguesa, en tanto que *A rebours* resulta la quinta esencia refinada del arreglo enfermizo y decadente. Esta última obra es

la que hoy más nos interesa, por ser la que mayor influencia ha ejercido en la juventud literaria de París.

\* \* \*

Decir, como el autor de *Los Contemporáneos*, que el héroe de *A rebours* es un Werter y un René de nuestra época, parece algo hiperbólico; mas si podría asegurarse, con grandes probabilidades de acertar, que es el heredero de Charles Demailly y de Noël Servaise, pues si su « caso » no resume todo un estado de alma juvenil, por lo menos simboliza la tendencia más atrayente de una época literaria. Charles Demailly, que fué el refinado de 1860, tenía algo de parnasiano y algo de impresionista. Las formas llegaban á producirle sensaciones físicas, y los movimientos psicológicos se confundían en su ser con los gestos materiales, de modo que, en el caos de su gusto, mezclábanse los colores, las líneas y las ideas, para dar vida á la imagen poética. Lo que más tormentos le producía, era la imposibilidad de reducir á « cuadro escrito » la variedad sin límites del mundo aparente. Describir el matiz de una mirada con palabras ó encerrar « en frases » la línea de un sonrisa, parecía el fin ideal del arte. Buscando combinaciones de sonidos articulados y comprensibles para dar forma á sus visiones, llegaba á sentirse nervioso, casi epiléptico. Su mal, empero, no presentó nunca caracteres mortales, y un precursor de Max Nordau en el arte de la medicina intelectual pudo tener esperanzas de curarle fundándose en las nue-

vas conquistas de Charcot. — Oíd lo que dijo ese Galeno literario: « Aparte las manifestaciones puramente físicas, el estado de Charles Demailly ofrece crisis nerviosas que sólo son frecuentes en las personas cuyos sistemas nerviosos han tomado una preponderancia anormal... Tiene, además, algo que recuerda esas anomalías observadas en las niñas, ó en las mujeres jóvenes, y que la ciencia contemporánea empieza á analizar. » Noël Servaise fué un naturalista apasionado, que floreció en los diez años siguientes al de la guerra francoprusiana (1). Su mal consistió en una especie de desequilibrio ideológico que le hacía buscar en la literatura un medio invariable de reproducir las escenas de la vida diaria. En el fondo, casi no fué sino un enfermo de los ojos que murió por falta de vida psíquica, lo mismo que el Naturalismo.

Des Esseintes vive aún, y, si ya no tiene tanta fama como en los buenos tiempos de la lucha decadentista, siempre conserva algún prestigio entre los hombres que odian lo cotidiano y lo vulgar. Su enfermedad — más compleja que la de Noël Servaise, más grave que la de Charles Demailly — es disolvente y se llama: « cansancio de lo natural ». En él, la vida y la literatura se confunden; los gustos artísticos corresponden á las aficiones culinarias; las antipatías intelectuales obedecen al estado del estómago. Para divertirse, emplea indistintamente

(1) Noël Servaise es el personaje principal de *Le Thermite*, novela de costumbres literarias, por J. H. Rosny.

una combinación de frases musicales, una gama de perfumes exóticos ó una serie de licores raros. La naturaleza le parece horrible y la sencillez le hace daño. Su amor de lo artificial le conduce hasta el punto de no querer alimentarse por la boca. Las siguientes frases de su biógrafo, le dan á conocer casi por completo: « El artificio parece á des Esseintes la marca distintiva del genio del hombre y, según él mismo dice, Natura debe ya morir porque su monotonía de cielos y paisajes ha cansado á los exquisitos. » Todas las locuras del héroe de Huysmans, proceden de ese odio por lo natural, — lo mismo que las exageraciones simbolistas, neomísticas y esotéricas de una gran parte de la actual juventud francesa no son, en el fondo, sino una protesta contra las violencias de los naturalistas, de los libre-pensadores y de los positivistas.

Los críticos graves aseguran que lo único que Huysmans se propuso, al escribir *A rebours*, fué hacer una sátira contra la juventud decadente. Algunos literatos noveles de París, sin embargo, lo han entendido de otro modo, y en vez de ver á des Esseintes como una caricatura odiosa, le consideran como un maestro digno de ser imitado.

... Y así es como el ilustre autor de *Là-bas* ha llegado á ser, quizá á pesar suyo, uno de los noveles que más contribuyen á formar ciertos gustos finiseculares.

\* \* \*

Octave Mirbeau es, en literatura y en política, un revolucionario nervioso, convencido, atrabiliario. Como crítico de arte, ha tratado de incendiar todas las capillas del Gusto antiguo; como cronista parisiense, ha descubierto á muchos poetas oscuros y enrevesados; como propagandista filosófico, ha cantado la gloria de la anarquía y la belleza de la Lucha social. Todo lo que existe le parece abominable. Su carácter bravío y salvaje no admite ninguna ley. Su odio de los pontificados y de los grupos, es eterno. Según él, los hombres han venido al mundo para vivir libremente, sin más freno que la conciencia, sin más regla que el deseo, sin más guía que el instinto. Cuando abre los labios, es porque quiere decir: « Viva la Revolución » ó « Muera la Sociedad. »

Su obra está en perfecto acuerdo con su vida. Cuando en 1877 logró ser elegido gobernador de una provincia de Normandía, Mirbeau no hizo uso de la autoridad de su palabra sino para aconsejar á sus súbditos que no diesen ninguna importancia á las leyes republicanas. Naturalmente, su gobierno fué breve y agitado. En 1878 tuvo que entrar de nuevo en la vida privada. Desde entonces vive en la soledad de su gabinete de estudio, predicando siempre el Evangelio de la Anarquía.

\* \* \*

Con el autor de *Calvario*, pues, termina la serie de los escritores que ejercen una influencia directa y visible en la juventud parisiense. — Porque, en realidad, fuera de Verlaine, de Bourget, de France,

de Mallarmé, de Lavisse, de Huysmans y de Mirbeau, yo no veo hoy en Francia ningún ingenio cuya voz encuentre un eco sonoro entre los poetas de mi generación.

... Mas después de todo, ¡quién sabe! Uno juzga siempre de una manera subjetiva y generalmente se equivoca al examinar los sentimientos ajenos. Tal vez, los siete artistas de quienes he hablado tienen menos imitadores de lo que me figuro... Tal vez tienen más... Tal vez hay otros tan imitados como ellos...

FIN

## ÍNDICE

DEDICATORIA.. . . . .	I
PRÓLOGO.. . . . .	III
Dos Maestros suecos.. . . . .	4
Gerhart Hauptmann . . . . .	13
Un cuentista alemán. . . . .	31
A. Ch. Swinburne. . . . .	44
Walt Whitman.. . . . .	51
Maria Bashkirtseff. . . . .	59
Alejandro Pouchkine. . . . .	71
Del exotismo. . . . .	87
Villiers de l'Isle-Adam . . . . .	101
Las Veladas de Medán. . . . .	115
El Parnaso contemporáneo. . . . .	123
Los Poetas jóvenes de Francia. . . . .	133
Henrik Ibsen.. . . . .	205
Gabriel D'Annunzio.. . . . .	253
Dos Evangelistas.. . . . .	260
Las Religiones de París.. . . . .	275
El Neomisticismo.. . . . .	293
Los Trofeos. . . . .	301
Los Siete Maestros. . . . .	309
Los Maestros nuevos.. . . . .	317